

LA
FLORES DE LAS TUMBAS 3

POR

S. ESTRADA.

Buenos Aires

IMPRESA DEL SIGLO, VICTORIA 151

1866

Dedicatoria

A Ricardo Gutierrez.

Poeta: si estas líneas tuvieran el sentimiento de
tus *lágrimas*, yo escribiría aquí esta dedicatoria:
en señal de fraternidad. Pero como ellas carecen
de inspiración, solamente escribiré: *como prueba*
de amistad.

EL AUTOR.

Advertencia

Este trabajo no es un *drama* en la acepcion literaria de la palabra. Moriria en el teatro, para el cual no está dedicado. El artista puede revestir sus concepciones en la forma que mejor se avenga á su espresion espontánea.—Este trabajo es un romance. Dibujar los cuadros ó pintarlos, eso queda al arbitrio del artista. ¿Quien me obligaria á prestarle el empaste de la *narracion*?

¿Puedo esperar que una lágrima escapada del alma del lector, le dé el colorido que yo le niego, dejándolo en la simplicidad elemental de sus líneas? No lo sé.—Escribo para sentir, y nada mas.

Su forma no carece de precedentes. Sin trær á recuerdo majistrales producciones literarias, que tomando la division y sencillez del *drama*, no han aspirado á la exhibicion viva de la escena, citaré solamente los conocidos romances que un poeta francés ha llamado: *comedias de sillón*,—y las que el marqués de Varennes ha denominado: *proverbios*.

Esto por lo que respecta á la forma:

En cuanto al fondo, diré una sola palabra.

En las oraciones que la Iglesia reza en el oficio de los difuntos, siempre me ha conmovido este verso, aplicable, mas que nunca, en la muerte de los niños y de las vírjenes: "Su vida fué como la tierna yerbecilla de los campos: por la mañana florecia con toda su gracia y á la tarde la hemos visto seca."

De él he sacado esta *flor de las tumbas*, menos bella que esa poesia, pero que á falta de hermosura, tiene el mérito de haber sido inspirada en buena fuente.

Sírvame al menos de disculpa el haber colocado al frente de esta obra, esas palabras mas tiernas y mas puras, que el llanto primero de los niños y el último suspiro de las vírjenes!

Personajes

DR^A MERCEDES

ALBERTO

LUIS

FLORO

MARIA

IRENE

MARTA

ANTONIO

UN MÉDICO

ENRIQUE

La escena pasa en una quinta de Buenos Aires.

Acto Primero.

El teatro representa una sala elegantemente amueblada, con una puerta al foro, y otra á la izquierda del actor. Al correrse el telon, Marta y Antonio están en la habitacion, arreglando los muebles: despues se sientan.

Escena I.

ANTONIO—MARTA (*Sentados*)

ANTONIO—Cuánta bondad! La madre, la hija, y el hermano, son tres ángeles!

MARTA—Yo no digo que no lo sean. pero sostengo que Dña. María es lo mejor de los tres. . . .

A—Vuelta á tu manía! ¿pues qué los méritos de la señorita han de hacer pasar desapercibidos, los del resto de la familia?... Bien decia el difunto coronel, que las mujeres se vuelven injustas con la edad....

M—La de todos los dias....! la edad!.... cómo sí fuera un crimen ser vieja!.... pues tú no estás muy jóven que digamos.... buen trabajo me has dado en este invierno con la tós de perro que has tenido, y la gota, y los sabañones....

A—Pero mujer....

M—Mujer!....mujer!.... sabes que me gusta la palabrita?... Antes me decias, mi Marta!.... Cuanta distancia media entre la época en que un hombre le dice á su esposa, con la voz de ese tonto de D. Floro, mi fulana....y aquella en que le dice, mi mujer á secas....si, á secas, sin una gota de miel....

A—Es claro....! compara hoy á tu Antonio, que se ha transformado en pasa de hombre, con aquel moceton que te pellizcaba allá en sus mocedades..... cuando San Martin no era estatua, y compárate tú con aquella Marta, llena como un huevo de dos yemas, que se dejaba pellizcar por estos dos dedos!....

M—Tonto!....

A—Entonces tú tampoco me dabas ese tratamiento.... Y diablo! cuando mis dedos te hacian esa caricia, me parecia que despabilaba una vela con ellos.... Se me figuraba que tenias fuego dentro....

M—Ya se te pasó el tiempo, Antonio, de hablar como los lechuguinos....

A—¿Recuerdas aquellos sabañones que te ponian las manos mas grandes y coloradas que las remolachas dejadas para semilla? .. Qué perseguida

eras de los sabañones! Buen cuidado tenias de ocultar las manos bajo el delantal!

M—Hombre! ó mejor dicho ¡viejo enamorado! déja esas tonterias, y volvamos á Doña María, á mi pobrecita hija. . . .

A—Décias tú que la niña era lo mejor de la familia. . . . en eso te equivocas, Marta. . . . La señora es una santa de carne y hueso, y D. Alberto es de lo que hay poco, ¡garbanzo de á libra, oro en polvo!

Yo me entusiasmo al recordar el cariño que tiene á su pobre madre y á su hermanita. . . . Cuando el Coronel murió de aquella tisis, para la cual no hubo remedio D. Alberto, se convirtió en padre de la familia. ¡Pobre coronel! (*conmovido*) Yo lo acompañé en los viajes que hizo á Moron y á la Sierra de Córdoba, por órden de los médicos. . . . Todo fué inútil, pues sabes que á los pocos dias de regresar, murió en mis brazos! Pero en fin, nosotros no podemos resucitarlo con lágrimas. . . . Vale mas que recemos Padre nuestros por el bien de su alma! Lo que no puedo perdonarle al Coronel, es los tirones de oreja que le daba á D. Albertito, cuando pellizcaba los brotos de las plantas. En este punto la señora ha sido mejor que él: nunca ha tocado á los niños. . . .

M—Doña Mercedes ha sido siempre una bendita. . . .

A—¿Recuerdas cuando los llevaba de paseo por delante de mí? Todas las madres que encontraba, me hacian parar para besarlos. . . . cómo que eran una monada! Ah! Marta, no se puede olvidar á aquellos niños á quienes enseñamos á rezar, que llevábamos de la mano á la Iglesia á juntar olivo bendito en los Domingos de Ramos, y á quienes

escondiamos bajo nuestra cama cuando hacian la *rabona* á la Escuela, ó los perseguia el padre armado de un zapato viejo de la madre!

M—Tienes razon, como yo la tengo en poner sobre todos los de la casa, á Doña Maria: á esa Doña María, á quien su madre la llama su alma, el hermano, su amor, el pobre la caridad, y yo el ángel de mi guarda!

A—¿Quieres que te manifieste un pesar que tengo?

M—Sí, habla.

A—Yo creo que Doña María se nos va, que sigue á su padre. . . .

M—Sí, Antonio, harto han llorado ya mis ojos, á la niña á quien los ciegos conocen por el crujido de su vestido y el ruido de sus pasos.

A—Hace tiempo que se ha separado del mundo, y que no hace sino leer en la Biblia y rezar. . . .

M—Ayer cuando la acompañé al *Rosario*, como todas las noches, me pareció mas triste que otras veces. Iba tan bonita con su vestido blanco, que parecia un ángel. . . .! Rezó, rezó mucho, y yo sin saber por qué, lloraba.

A—Tú no sabes si está enferma?

M—A mi no me ha dicho ni una palabra hasta ahora. . . . Yo creo que se muere, por que me parece que no pertenece á este mundo. . . .

A—D. Luis la quiere mas que si fuera su hermana. . . . la señora y D. Alberto para qué es decirlo; es rica, tiene amigos. . . .! Sí, tienes razon. . . Doña María se nos muere. . . . ella se siente morir. . . . por eso está triste. . . .!

M—La señora y D. Alberto, parecen ciegos! porque tu ves que esos colores de su cara, esas ojeras azuladas, ese enflaquecimiento de las manos, algo quiere decir. . . .!

A—Pobre Doña Maria. . . .! aunque bien mirado, dichosa y bienaventurada será ella, porque es como si fuera un niño!

M—No digas eso, Antonio, sino quieres saber que la mitad de esta vida que se está apagando como una vela encendida desde muy temprano, se la llevará Doña María en su cajon. . . .

A—(con voz conmovida) Cállala, Marta, cállala!- . . . Qué mis oídos no escuchen esas palabras mas tristes que un paño de muertos! Cállala por Dios! que me horroriza la idea de que la muerte entre á esta casa á robarme el amor que yo no puedo disputarle brazo á brazo!

M—Sí, doblemos la hoja, por que siento pasos. . . Y aunque no nos dirian nada, no es propio que nos encuentren sentados en la sala, teniendo tú que limpiar el cuarto y los muebles de D. Alberto, y yo que quitarle las hojas secas y las hormigas, al rosal blanco del jardin.

(Marta sale secándose los ojos con el delantal. Antonio toma el plumero y la sigue.)

Escena II.

ALBERTO (entrando por la puerta del foro, por la cual salen Marta y Antonio, dice reparando en ellos)

Singular cosa! En esta casa hoy todos lloran de mi y todos lloran. . . . Los criados contra su costumbre, desatienden sus obligaciones, y lloran tambien. . . .! Ay! y yo tambien lloro. . . .! Nadie se pregunta la causa de su dolor. . . . ¿hay en esto algo de misterioso? ¿ó es que todos se juzgan animados de un mismo sentimiento? Mi madre no ha probado bocado en el almuerzo. . . . Sus ojos estaban encendidos. . . . sin duda no ha dormido anoche. . . . Pero ella me lo habria di-

cho.... ella me habria revelado la causa del pesar que la atormenta....

Escena III.

ALBERTO—DA. MERCEDES (*entrando al terminar las últimas palabras de su hijo.*)

DA. MERCEDES.

Alberto!.... tú no eres padre.... Si lo fueras habrias leído la revelacion de ese misterio en el rostro de tu madre! El corazon que respira el viento del peligro, quita la voz á los labios, y los ojos que ven abrir nuevamente el sepulcro de tu padre, se llenan de lágrimas, único lenguaje de mi dolor....

ALBERTO (*estrechando las manos de Doña Mercedes*)—Maria!.....

M—(*Con honda pena*) Maria! la hija de mis entrañas, el sol que calienta los frios dias de mi invierno!.... Maria! por quien mis ojos aún ven un pedazo de cielo en la casa en que murió tu padre....!

A—Hable vd. mas bajo, señora, y no derrame lágrimas estériles....

M—En vano tratas de tranquilizarme....! tu lloras como yo..... yo escucho los sollozos de tu corazon!.... déja, déja desbordarse la fuente de mi llanto, llena por los quejidos que se escapan del pecho de Maria en el silencio de la noche! ¡por esos quejidos que yo escucho desvelada, y que son como los écos de la tormenta que se deshace en lluvia de lágrimas sobre mi alma!..... Tú no tienes razon.... el llanto no es estéril: el llanto del arrepentimiento abre las puertas del cielo, y el llanto del amor maternal, impide morir á las madres desgraciadas, ántes de llevarle á Dios en sus

oraciones, el espíritu de los hijos que se les mueren!

A—Sus palabras de vd., madre mía, traspasan mi corazón.... Pero en medio del peligro es necesario conservar el valor para luchar.... ¿Acaso se ha renovado la pasada enfermedad de María?..

M—Yo así lo creo.... la sangre parece huir de sus venas.... no se alimenta, no paséa, no acompaña á sus amigas al teatro, pasa sus noches en vela, y lo que es peor, Alberto, por cada movimiento de la péndola del reloj de su alcoba, se puede contar un profundo suspiro de su pecho....!

A—Entonces es necesario llamar al médico....

M—Ella lo rehusa....

A—Aunque sea así: es necesario conjurar con tiempo esa enfermedad que asoma, ese tédio que abrumba á María, y hacer todo jénero de sacrificios, por devolverle la salud que ha perdido.. Y vd. señora, enjugue esas lágrimas que queman sus ojos.... Siento hablar por mis labios al alma de mi padre, que así se lo ordena, en nombre de su autoridad y de su amor!.... Vd. no debe tampoco aflijir á María mas de lo que está....

M—En nombre de esos amores santos, mi corazón absorverá sus lágrimas durante el día, y en el silencio de la noche correrán por mis mejillas, amargas y abundantes como las aguas del mar.... Las madres como los esclavos suelen llorar en las sombras....

A—(*Con tono de reconvencion*) Madre!....

M—(*Secándose los ojos*) Te complazco, hijo mío!.... Míra.... mis ojos ya están secos.

Escena IV.

ANTONIO,—ALBERTO,—MERCEDES.

A—(*anunciando.*)—La Señorita Irene. . . .

M—Házla entrar.

Escena V.

ALBERTO—MERCEDES—IRENE.

A—Voy á aprovechar la oportunidad que nos proporciona la visita de Irene, para enviar á buscar al Doctor, y traerle á María un vestido blanco que anoche la compré.

M—Saluda antes á Irene. Tú sabes lo exigentes que son las niñas, y mucho mas cuando han llegado á amar y ser amadas. . . . Me alegro de que esta amiga haya tenido la feliz idea de visitarnos hoy, porque tal vez logrará sacar á María de su habitacion, en que no tiene otra compañía que las tristes ideas que la atormentan.

I.—(*entrando*) Señora, muy buenos dias! Señor D. Alberto. . . .

M—Felices los ojos que la ven á vd., señorita Irene. . . . Seguramente que Alberto no podrá decea á vd. lo mismo. . . .?

A—En efecto, anoche tuve el placer de ver a nuestra amiga. . . .

I—Le exijo á vd. señora, que le pida cuenta á este caballero, de la razon que tuvo para hacernos anoche una visita de médico. . . .

A—Hace dias, Irene, que no me encuentro bien. . . . Sobre el cielo de mi vida, tan tranquilo cuando la veo á vd. feliz, se destacan nubes que. . . .

I—Nubes! nubes! nubes!

M—Alberto es un buen hermano y no puede ser indiferente á las tristezas de Maria....

I—Tiene vd. razon, señora, mis palabras no pasaban de ser otra cosa que palabras.... Yo comprendo la causa de su malestar, y hoy voy á tratar de distraer á mi buena amiga....

M—Voy á llamarla.... Es muy probable que esté vistiendo á su hijo adoptivo, á ese diablillo de Enrique, ó cuidando que no les falte maiz á las palomas y agua al perro....

A—Voy á aprovechar, Irene, este momento en que dejo acompañadas á mi madre y á Maria, para enviar por el Dr....

M—Con tu permiso Irene.... (*se vá*).

Escena VI.

IRENE--ALBERTO.

I. (*como asombrada*)—Pues que se encuentra mala, aquella á quien puedo llamar hermana....?

A—Si, Irene: hace muchos dias que no duermo.... En valde he tratado de cerrar mis ojos en estas dos últimas noches, que Maria ha pasado en vela, ya llorando, ya mirando desde la ventana las flores del jardín y la luna, que ahora sale muy tarde.... Cómo vd. sabe, mi cuarto es vecino al de ella.... he tratado de escuchar sus palabras, y he oido de sus lábios conceptos que me horrorizan.... Anoche rezaba delante del cuadro de la Virgen que vd. la regaló, y ofrecia á Dios su alma, diciéndole, que la aceptára, porque era tan pura como los dones de Abel....

I—(*conmovida*) ¿Pero desde cuándo se han apoderado de ella esas ideas sombrías? Y sobre todo. ¿qué causa puede ocasionárselas?...

A—Yo creí al principio que Luis hubiera tenido con ella algún disgusto.... pero después he llegado á pensar, lo que es aún mas horrible.... Maria está mala.... aquella enfermedad....! Vd. no ha notado lo desmejorada que está?....

I.—Por Dios, Alberto! no vea vd. sombras sepulcrales, donde quizá no existe sino una nube pasajera!.... Vd. sabe que hay naturalezas comparables á la sensitiva, á quienes el mas mínimo pesar las marchita.... ¡Flores del aire, que al ser tocadas por el viento se doblan!

A—Sí, tiene vd. razón, flores del aire que el viento helado dobla y arranca desu tallo....!

Escena VII.

MARIA — IRENE — ALBERTO.

MARIA (*entrando, bastante pálida*) -Tanto bueno por esta casa.... (*á Irene á quien besa*) Y luego no se ha de creer en la atracción de los astros, cuando los hombres se atraen los unos á los otros por medio del amor....! (*mirando á Alberto*). Se habrá hablado mucho de política en esta sala, ¿verdad, señores?....

IRENE—No, querida, solo hemos hablado de la mejor de las amigas, á quien viene á visitar una humilde servidora.

A—(*interrumpiendo*). Voy á dejar á vdes. por un momento.... Te prevengo Maria que el doctor Rodriguez debe de venir á visitarnos hoy.... Irene, hasta dentro de breves momentos; señorita Maria, queda vd, muy bien acompañada....

Escena VIII.

MARIA—IRENE.

M—(*aparte*) Que el doctor vá á venir á visitarnos.... Todo lo comprendo!

I.—Te he venido á buscar con el objeto de que pases el dia con nosotros. . . . Luisa será de la partida, y aquel caballero cuyo nombre hace palpitár á ese corazoncito. . . . Por la noche bailaremos. . . .

M.—Perdóname, Irene, no puedo acompañarte. . . .

I.—¿Se podría saber la causa?

M.—Me preparo para un largo viaje. . . .

I.—Te marchas para Europa. . . .

M.—No, Irene, no! parto para el mundo sin rios, y al cual no llegan los vapores. . . . al mundo en que entran las almas sobre las álas del ánjel de la guarda. . . .

IRENE—¿Te has vuelto romántica?

M.—Dios me libre, amiga mia, de volverme tonta. . . . Es que los moribundos no bailan. . . . (*sonriendo tristemente*).

I.—No te entiendo. . . .! Pero puesto que no quieres acompañarme, hablemos de otra cosa. . . . ¿Cómo están las palomas, el jardin y Enrique? . . .

M.—Las palomas, mas alegres que las golondrinas con la llegada de la primavera: el jardin aun está bajo el influjo de las heladas: apenas hay en él algunos captus rojos, lirios blancos, y uno que otro nardo remiso, que no quiso abrir en el otoño, para ser ahora con la escasez de flores, objeto de codicia: Enrique, cada dia mas bonito y cariñoso: es la imájen de su desgraciada madre. . . . Pobrecillo! cuando vino á mi poder, estaba tan enfermito. . . .! Su voz tenia algo del canto de las tórtolas huérfanas. . . .! No puedo olvidar la pena con que esta criatura se desprendió de su casa, en el dia en que murió la buena Isabel. . . . Miraba sus harapos, como diciendo: no me lleveis. . . .! Te

sonries?... pues mira, este niño tiene tanto apego por todo lo que le rodea, que hasta ama el vestido que ha llevado muchos días.... Cuesta quitarle su ropita vieja....!

Escena IX.

ANTONIO—MARIA—IRENE—ENRIQUE (*con un libro en la mano*).

ANTONIO—Señorita, el niño Enrique dice que no quiere ir á la escuela....

M—Ah! picaron....! Llámalo, á ver si me dá á mí esa respuesta....

ENRIQUE (*entrando al darse vuelta Antonio para salir*)—Buenos días, señora, (*á Irene*) madrina déme vd. un beso (*besa á Maria*). No crea vd. lo que dice Antonio.... yo sé muy bien la lección, y quiero ir á la escuela.... Es que se ha enojado porque dije una palabra....

A—Si, señor, cosas que no deben decir los niños....

E—No le crea vd. madrinita, yo dije una palabra que con *a* es mala, pero que con *o* es buena....

A—Dijo niña....

M—Está bien, Antonio.... Ya oyes como el niño quiere ir á la escuela....

E—Y cuando vuelva ¿quiere vd. que juegue con el perro?

M—No señor: á los animales no se les debe mortificar....

E—Quiere vd. responderme á una cosa, por la cual tambien se ha enojado Antonio?... Dígame vd., madrina: ¿los viejos se mueren del mal de los siete días?....

M. (*riendo y besando al niño*)—No sea vd. cu-

rioso, hágase arreglar esa camisa, y váyase con Antonio, pues ya han pasado las doce del día....

E—Es que he estado estudiando la lección de geografía.... Si viera vd. como la sé.... Tómeme-la vd.... (*la dá el libro, se aparta de Maria y cruza los brazos*). Pregúnteme vd. lo primero.... ¿qué es geografía.

M—¿Qué es geografía?....

E—Es la ciencia que.... trata de la descripción de la.... ¿qué dice madrina?

M—De la tierra.... Pero amiguito tome vd. su libro y márchese á la escuela.... vd. no sabe la lección.

E—(*tomando el libro*)—Es madrina, que se me voló un pajarito....! ya verá vd. como lo tomo leyendo....

M—Caballerito, basta de bromas, y á la escuela....

E—Bueno, me iré, pero diga á vd. á Antonio que me ponga mucho pan en la bolsa....

M—Lo oyes, Antonio!....

A—Si oigo, niña, pero vd. pierde á esta criatura....

E. (*dando la mano á Maria é Irene*)—Hasta luego! Querido Antoñito, vamos! Madrina, mándeme buscar temprano...

M—Antonio, vuélvelo pronto á sus juguetes.... (*se van*).

Escena X.

MARIA—IRENE.

M—Anjel de Dios!

I—Con que entonces te decides á no acompañarnos en la tertulia que vamos á improvisar hoy?.... mira que Luis vá á pasar una mala noche si tú faltas á la reunión....

M.—Ya te he dicho que no puedo acceder á tu pedido; discúlpame, Irene.

I.—¿Pues qué ya no amas á Luis?

M.—¿Qué es lo que dices, Irene? ¿Puede acaso no amar la enredadera al árbol, que le presta á su vida su sombra y su sávia? ¿Puede acaso no amar la yedra á la pared, que con su humedad la mantiene siempre fresca?

I.—¿Y entónces. . . . ?

M.—Pocos dias antes de morir mi padre, hablándome del amor de Luis, me dijo estas palabras: *hija mia, sé prudente!* De sus lábios yertos, contraidos por el último quejido, yo creí volver á escuchar esa recomendacion, que diariamente resuena en el fondo de mi alma, al oír pronunciar el nombre de Luis! Qué si le amo! Cuando yo veía apagarse en mi corazon la luz de los ojos de mi padre, veía levantarse en él el amor de Luis, como un sol de dulce y tibio calor, como una planta que vendria á prestar sombra amiga á la memoria de mi padre depositada en él como en un sepulcro de oro! Si, yo veía á esa planta cubrirse de flores, fecundadas por el calor de ese astro mensajero de bienandanza!

I.—Abandona María, esos tristes recuerdos!

M. (*Con voz conmovida*)—El recuerdo, Irene, como las campanas jiratorias que una vez tocadas continúan sonando solas merced al impulso que recibieron; el recuerdo, te decia, una vez despertado, habla, habla y llora, como un niño á quien abandona el sueño.

I.—¿Pero qué tiene que ver el amor de Luis con las palabras de tu buen padre. . . . ?

M. [*Con amargura*]—Mucho. . . . ! Si, mucho! . . . No es prudente, Irene, hacer aspirar el perfume de una flor, cuyos pétalos muerde un insecto pon-

zofioso.... Planta de otra zona, yo me marchito en este mundo....

I.—No pronuncies esas palabras que me despedazan el corazón....

M.—No trates de consolarme.... tus palabras me causan mas mal que bien.... Ola del río de la vida, el viento me lleva á unirme al mar de la muerte.... Déja á la ola que cruce por entre espinas y rocas que la despedacen, pues así llegará mas purificada al cielo.... Solo desengaños reporta el usurero que quiere encerrar en el hueco de su mano, todo el oro del mundo.... Como él, yo no quisiera ver escaparse de entre mis manos el amor de Alberto, tan grande como el universo....!

I. (*Llorando*)—María, hermana mia, ¿de qué labios has escuchado esa sentencia que te condena á morir, en la plenitud de la belleza, de la juventud y de la vida?....

M.—Las fuerzas que me abandonan cuando las venas de los árboles se hinchan, y los naranjos se cubren de flores.... Parece que la vida de la naturaleza, absorviera la sávia de la vida del hombre enfermo....! Mi vida, Irene, se debilita cual la luz de la lamparilla del cuarto de mi madre, al llegar el día! Cómo el humo del incensario, como el vapor del lago, ella se levanta hácia arriba....!

I.—Por piedad, María, impon silencio á esos labios....

M.—Solo te pido Irene, que cuando yo muera, no vayas sola á llorar sobre mi tumba.... Es tan triste salir del cementerio, sin un amigo al lado....! Sé buena, ámale mucho, y entónces serán dos hermanos los que alzarán la oracion de la tarde, al pié del sepulcro de mis mayores.... Ama mucho á mi madre, á la pobre anciana, para que

cuando me busque en mi alcoba, encuentre en ella á la esposa de Alberto.

Escena XI.

ALBERTO—FLORO (*el primero trae una caja que pone sobre la mesa*).

A. (*entrando*)—Adelante, amigo! . . . usted va á encontrar aquí á una de las niñas, con quien bailó el miércoles en el Club del Progreso. . . .

F. (*colocándose, el lente y mirando desde la puerta*)—Y acaso también, una de aquellas con quien bailé el lunes en casa del señor Garcia, y el juéves en el Club del Plata?

A.—No me parece que Irene se haya transformado en Terpsícore para bailar siempre y en todas partes. . . .

F.—Ah! es la señorita Irene. . . . Señorita. . . . (*á Irene*) á los piés de usted María.

I.—Caballero. . . .

M.—Me alegro de ver á usted bueno; ¿cómo se encuentra su familia de usted?

F. (*sentándose, mientras Alberto deja la caja sobre una de las mesas*)—Ya habia preguntado por su madre de usted. . . . perdonen ustedes mi lijereza. . . . por su señora mamá. . . . En casa todos buenos; solo yo estoy un poco indispuerto. . . . tanto bailar, tanto desarreglo, tanto cenar. . . .

A. (*desde la mesa*)—Dicen que los antigüos bailaban hasta en las ceremonias religiosas, y que los romanos se morian en la mesa de aplopejía.

F.—Los antigüos! pueblo ignorado! hacian muy bien, y los romanos mejor! Dulce y noble morir el de esos señores. . . .!

I.—Vivir para comer, y morir comiendo!

F.—¿Le parece á usted poco *comme il faut* el

comer mucho?... verdad?... ¿pero á que no dice usted lo mismo del baile?... Oh! el baile.... Les aseguro á ustedes que como *sprit-fort*, no creo en los endemoniados, pero que como bailarín creo en los *endanzados!* es decir, en la transmigración del espíritu de la diosa del baile al cuerpo de ciertos mortales.... Créanme ustedes, que apenas oigo las notas de un wals ó de cualquier otra danza, aunque sean producidas por los organitos de la calle, cuando ya estoy bailando.... Hay personas que son para la danza, lo que las veletas para el viento: ciegas esclavas que se mueven á su sola voluntad....

A. (*Viniendo hácia el grupo*)—¿Cómo estuvo, anoche el baile del Club del Plata?....

F.—Perfectamente: acabo de escribir algunas líneas que echaré al Buzon de la primer imprenta que encuentre en mi camino: si ustedes, curiosas como buenas mujeres, desean escuchar su lectura... (*saca un papel*) son muy cortas.... Dicen así: *Baile de bellezas*—El que tuvo lugar antes de anoche, estuvo de *primo cartello*—La mesa fué opípara: se sirvieron muy buenos vinos, y estuvo la rosa de los Alpes, vestida de verde, con adornos de *guiPURE* en el ruedo del vestido: la de B. elegante y *sin aliño* (*suspendiendo la lectura*) Lo de *sin aliño* es una alusion: gusta de un jóven que se llama *Lino*, y como ustedes comprenden quitándole á *aliño*, la *a* y colocando una *n* donde hay *ñ*, sale un *lino*, mas claro que el agua de aljibe. Continuó (lee) La de K estaba monísima muy festejada, y *trajaba* de color ante, con berta color melon maduro. La de.... pero no quiero molestar á ustedes. ¿*Sabrán vdes. qué lo qué* estuvo magnífico fué la tertulia de la calle de las Artes, lo mismo que la del Retiro? Qué haber de mucha-

chas bonitas! . . . Veo que ustedes se sonrien . . . no lo tómen ustedes á broma . . . mi costumbre de chancearme tiene la culpa de que nadie me crea (*dirijiéndose á Alberto*) hasta estos ánjeles, hasta este par de flores! si, flores, porqué usted (*á Irene*) es una magnolia, y usted (*á María*) un jasmin del cabo

M.—Gracias galante amigo . . . habria usted acertado si me hubiera llamado *flor de las tumbas!*

F.—Jesus! qué disparate! . . . Quién se acuerda ahora de las tumbas! . . . De seguro que no pensaba en ellas Alberto, cuando compró el precioso vestido que trae en esa caja . . . indudablemente recordaba que con un baton blanco, estará usted admirable, soberbia!

I.—Hola caballero! (*á Alberto*) ¿con qué pretendia usted sorprendernos por completo? . . . lo que es ahora en castigo de querer tomarnos en pecado de curiosidad, no se lo enseñará usted á María, sino yo . . . (*se adelanta y toma la caja, que abre delante de María*).

F. (*acercándose*)—Muy bien hecho . . . me alebro que usted castigue ese capricho de Alberto . . . Hombre! qué diablo! no todo ha de ser dulzura (*mirando á Irene con malicia*) La miel suele empalagar . . . por eso es bueno saborear algunas veces la quina ó el ajenjo

I.—Mira, que bonito baton! Qué bien bordado! vaya! que con él y una cofia que van á hacerle estas manos, “vas á estar lo mas interesante que viva en esta ciudad”

M.—Gracias Alberto! gracias! ¿porqué te has incomodado? . . . lo conservaré como uno de tus últimos obsequios . . . Te recomiendo Irene, que cuando me vistas, hagas de él mi mortaja

A—Hermana! . . . tú acabarás por incomodarme . . . (con enojo)

F—[*volviendo de dejar la caja sobre una de las mesas del fondo*—Es uno de los vestidos de última moda . . . Yo he encontrado su descripción en *La Moda Ilustrada*, que recibo todos los meses . . . ¿No leen Vdes. ese periodico? . . . Es muy importante . . . Yo sé por él que van á estar de *rigorosa*, el *foulard* Pekin, los sombreros á lo María Estuardo, las deliciosas florecitas á lo Pompadour, las muselinas color Puebla, los trajes de aldeana para campo, la . . . [*Alberto, Irene y María, deben estar con los ojos bajos; Antonio entrando interrumpe á Alberto.*]

Escena XII.

ANTONIO, MARÍA, IRENE, ALBERTO, FLORO.

A—Señor . . .

A.—Está bien, véte . . . (*dirigiéndose á las demás personas que estan en escena*)—¿Porqué no aprovechan Vdes. el dia paseando por el jardin? . .

M—Si estos Señores gustan . . .

F é I—Con mucho placer . . .

A—Ha salido mamá? . . .

M—No, entró á su habitacion . . . Debe estar descansando . . . La pobre no ha dormido anoche. (*Toma el brazo que le ofrece Floro. Irene marcha adelante. Floro dice al salir*)

F—Lo que es ser gavilan honrado . . . Alberto pone entre mis manos á estas dos palomas . . . ! (*Se van por la puerta de la derecha.*)

Escena XIII.

ALBERTO.

Todo lo sé . . . ! Acabo de leer en el cuarto de María, escrita con sangre sobre su pañuelo de ba-

tista, su sentencia de muerte! . . . Mis temores, los de mi madre, los de Antonio, van á realizarse. . . ! Cuando hace un mes, despues de una noche de insomnio, contemplé su rostro bañado por la luz azulada del alba, yo vi teñidas sus facciones con un tinte de muerte y bienaventuranza, que me anunció que la ibámos á perder! . . . (*Levantándose*) Resignacion, Señor! . . . resignacion, te pide el alma mia, para poder soportar el peso de este mundo de dolor, que yo veo desplomarse sobre mi cabeza! . . .

Escena XIV.

ANTONIO—ALBERTO—*luego* EL DOCTOR.

A—(*Entrando*)—Señor. . . .

A—Qué se te ofrece?

A—Cuando hace un instante llamé á vd., era para decirle que habia llevado la carta á casa del Sr. Doctor. . . .

A—Y ahora?

A—Para anunciarle á vd. que está esperando.

A—Díle que pase adelante. . . .

El Dr—(*entrando*)—Señor D. Alberto. . . .

A—Caballero. . . . (*Se dan la mano*)

El Dr—Hace un momento que recibí la carta de vd. porque he estado ocupado gran parte de la mañana en una reunion facultativa que me ha quitado mucho tiempo. . . . Apenas la leí, he corrido hácia aqui, previniéndole á vd. que ántes de conocer el contenido de su esquila, habia pensado hacerlo, obligado por el mismo asunto. . . .

A—Cómo. . . .? Vd. conocia el estado de María. . . .?

El Dr—A los ojos del médico no pueden escaparse ciertos signos, nuncios inequívocos de las enfermedades graves. . . . A mas de esto, como

vd. sabe, ayer fueron á casa la señora y María á visitar á mi familia. . . . Mi hermana introdujo á á la de vd. en mi estudio, y esta me hizo la consulta, para que vd. me ha llamado. . . .

A—Y vd. la dijo. . . .

El Dr—Yo la dije que hoy responderia á vd. porque no podia hacerme cómplice de ella, en una cuestion de vida ó muerte. . . .

A—Gracias Dr., gracias! Pero dígame vd. pronto, (*se oye ruido en la puerta de la izquierda*) dígame vd. Dr., hay esperanza de salvarla. . . .?

El Dr—Ay! amigo, la ciencia no puede volver á su primitivo estado la obra de Dios, cuando una enfermedad la ha destruido, trabajando protegida por el silencio de la indolencia. . . . Por otra parte: vd. sabe que María padeció hace algun tiempo de la misma enfermedad y que su padre de vd. murió de ella. . . . Perdone vd. mi franqueza, no olvidando que el médico es un ministro de la verdad, que no debe mentir jamás, ni siquiera disfrazar lo que piensa. . . .

A—Es decir, que María se nos muere. . . .

El Dr—Mucho lo temo, si el campo no restaura sus perdidas fuerzas. . . .

A—(*con alegría*) El campo! ¿con que aun existe esa esperanza? . . .

El Dr—Sí, D. Alberto. . . .

A—Gracias, amigo, gracias; el cielo pague á vd. el bien que me ha hecho. . . . Mañana mismo partiremos. . . .

El Dr (*Levantándose*)—V. puede mandar dentro de dos horas á mi casa, y yo le enviaré con Antonio las recetas de algunos remedios, que si bien no respondo que la restablezcan, podrán al menos, ayudar en su obra salvadora al aire del campo, á la leche de vaca y á los paseos á caballo. . . .

Si ocurre alguna novedad, puede vd. llamar

me. . . . Quése mejore la enferma, y no pierda vd. tiempo para sacarla de aquí. . . . Adios amigo. . . . Conformidad. . . .! Mis afectos á su señora madre. . . .

A—Cumpliré lo que vd. me ordena. . . . (*Dándole la mano*) Mi gratitud háciã vd. será eterna, si logra salvarnos á María. . . . Despues de Dios, á vd. recordaremos todos los dias de nuestra vida. . . . [*Al terminar estas palabras deben haber llegado á la pueria del foro. María que ha estado escuchando el diálogo detrás de la puerta de la izquierda, le sale al encuentro y se arroja en brazos de Alberto al entrar este.*]

Escena XV.

MARÍA—ALBERTO (*pequeña páusa*)

M—[*llorando*] Todo lo he escuchado detrás de aquella puerta. . . . mi sentencia está ya pronunciada. . . .

A—¿Quién ha pronunciado esa sentencia? Mañana partiremos á la Estancia, y el aire puro de los campos, te volverá la salud perdida. . . . Te pido en nombre de esa pobre anciana, que en este momento duerme un sueño que quizás ajita tu recuerdo, que no amargues nuestro corazon con esas fatales palabras. . . .

M—Si voy á morir ¿para que quieres arrancarme del lado de mis amigos, y de mis pobres? . . .

A—(*con voz de enojo*)—Ni una palabra mas. . . . Ya que nos has ocultado tu situacion y has sabido callarla, háznos la caridad de obedecer al médico y de obedecernos. . . . Voy á despachar un espreso inmediatamente para anunciar nuestra llegada al mayordomo de la Estancia, y á avisar á mi madre la determinacion del Dr. . . . (*se va por la izquierda.*)

Escena XVI.

MARÍA.

Salir de la casa en que he nacido, cuando mis ojos que van á cerrarse no la verán mas iluminada por la luz del mundo! Ir á morir léjos de mi Luis, sin escuchar su voz junto á mi lecho de agonía! Ir á morir léjos de la Iglesia en que hice mi primera Comunion! . . . Hé ahí á lo que me condena el Dr! Ah! no, yo quiero morir al lado de Marta y Antonio, entre mis flores y mis canarios, viendo posarse en la parra que cubre mi ventana á mis palomas blancas! Yo quiero morir aquí, rodeada de mis amigos, y descansar en el sepulcro de mi familia, no en una tumba estraña en que no crecerá una sola flor! [*cayendo de rodillas*]

Si esta es tu voluntad, Dios mio, que ella se cumpla. . . ! pero si es posible, Señor, escucha á mi alma que te súplica con el fervor con que los mártires te pedian fuerzas, que me concedas la gracia de morir en el pueblo y en la casa en que murió mi padre!

Fin del acto.

Acto segundo.

[*La misma decoracion del anterior.*]

Escena I.

ALBERTO—IRENE (*en traje de visita*)

A—Todo ha sido inútil, querida amiga, para volverla su antigua alegría. . . .

I—Pero hoy se encuentra aliviada. . . .?

A—Así lo ha dicho el Dr, pero yo no lo creo. . . Aunque parece que se ha restablecido, aquella mortal tristeza de hace dos meses, la aqueja del mismo modo. . . .

I—En este momento ¿duerme?

A—Si, la fatiga del viaje la ha rendido, y además, anoche no ha cerrado sus ojos. . . . Mi madre ha salido á oír Misa, y con el objeto de comprarla alguna de esas chucherías que distraen á los enfermos, y que les hacen llevar su pensamiento á otros horizontes que no sean los de la muerte. . .

I—Pobre María! Muy tristes deben haber corrido para ella los días que ha estado en la Estancia, pues no me ha escrito una sola letra! El pobre Luis no ha dejado pasar un solo día de aquellos en que llegaba la Diligencia que pasa por la Estancia de ustedes, sin ir á nuestra casa á informarse de la salud de María. . . .

A—Durante estos dos meses que hemos pasado en *San Rafael*, no ha pronunciado María sino palabras de muerte. . . . Una mañana que fuímos de

paseo á uno de los *puestos* vecinos, la mujer del *medianero* en él establecido, arrancó de sus plantas una rosa y se la colocó entre sus cabellos. La buena mujer le presentó un pedazo de espejo para que se mirára, diciéndola: *vea vd. que linda está!* María se sonrió y volviéndose hacia mi, me dijo: “te suplico que cuando muera no dejes que me adornen con flores. . . .” Por las mejillas de la buena campesina, rodaron al escuchar estas palabras, dos sencillas é inocentes lágrimas. . . .

I—Ese constante pensamiento de María, ha llegado á inspirarme sérios temores. . . . Casi estoy dispuesta á creer lo que ella piensa, con toda la honda amargura que tal idea debe producir en mi corazón. . . .

A—Ella ha encontrado semejanza con su vida en agonía, hasta en las hojas de las rosas que el viento arrebatava con sus alas: en los pájaros que cantaban tristemente en las calladas horas de la noche, ella veía su alma desvelada, que lloraba en el silencio: ella no ha cesado de comparar su existencia, con el sol que se ocultaba cada tarde en la llanura, con los écos de las hojas ajitadas por el pampéro, que morían en su ventana!

Una tarde en que la llevé al pueblecito vecino, en el cual se celebraba una fiesta en honor de la Virgen, y en la que la concurrencia cantaba algunos versos del *Mes de María*, yo escuché que al despedirse del cura, le decia *estas palabras: por mi intención!* La pregunté qué le encargaba, y ella me contestó: *una Misa por el descanso eterno de mi alma*—¿Oiste Alberto cómo al llegar nosotros á la puerta de la Iglesia, el pueblo ofrecia *sus flores á María?* A mi me pareció que él ofrecia mi alma á la Virgen. . . .! Yo no la repliqué una sola palabra, aun que ella volvió á encontrar semejanza entre su vida y las sombras de nuestros caballos;

que se alejaban á proporcion que galopábamos, y que apenas se proyectaban en el polvo del camino, entre la média luz del crépusculo. . . .!

I—[*interrumpiéndole*] Le prevengo á vd. que Luis ha de venir hoy á visitar á María. . . .

A—En verdad?

I—Sí, Alberto.

A—Pues entonces me parece mas conveniente que nosotros nos alejemos de aquí, para que cuando él llegue, se encuentre solo con María. . . . Espero que la visita de Luis le será provechosa. ¿No opina vd. lo mismo?

I—Muy bien pensado! Vd. se encargará de hacer saber á la Señora Doña Mercedes y a María, que he estado á visitarlas, pero que no habiéndolas encontrado, me he marchado.

A—Lo haré con mucho placer, esperando que usted que sabe que la quiero tanto, no interprete mis anteriores palabras, sino como hijas del interés que me inspira mi hermana. . . . Nosotros tenemos demasiado tiempo para vernos, mientras que ella. . . .

I—(*deteniéndole*) No diga vd. mas, Alberto! Hasta la noche, ó quizá hasta dentro de un momento. . . .

(*Al ir á levantarse para salir, Floro se presenta en la puerta del foro*).

Escena II.

ALBERTO—IRENE—FLORO.

F—[*entrando*]—No dirás, Alberto, que “vale mas tarde que nunca”; porque apenas he tenido conocimiento de tu llegada, me he dirigido hácia aquí, en alas del ferviente deseo de vér á ustedes. ¡Señorita Irene, á los piés de vd.! Quien merece el honor de acercarse, aunque sea á la es-

tremidad de sus piés, debe reputarse el mas feliz de todos los mortales....

A—Gracias amigo; tu solicitud solo es comparable á la de Irene, que tambien se ha apresurado á visitar á María....

F—Perdon, querido Alberto! si llevado del placer de ver á vdes. no he preguntado por la salud de María, no es debido á que haya olvidado su luciente á la vez que pálida imájen, sino que como decía un escritor cuyas obras lee mi hermana, (porque yo no leo desde hace mucho tiempo) de aquellas personas que mas interesan nuestro cariño, es de las últimas de quienes se hace mencion..

A—María continúa en el mismo estado..... La horrible enfermedad que en este pais hace su presa de la juventud, la devora cada dia mas.... Ella es una sombra de lo que fué, un recuerdo de lo pasado, que se disipa como el éco de un suspiro entre los sepulcros....

F—¿No es verdad, Irene, que es de muy mal gusto.... y poco conveniente para un jóven, el pasar por el mundo cómo un ave de cementerio, pronosticando muertes y dolores....?

I—Tiene vd. razon.... En este momento se me figura que nuestro buen amigo ha perdido la serenidad de espíritu, que tanto recomendaba á su hermana....

A—Sí, tiene vd. razon.... he perdido aquella fuerza de voluntad que se retemplaba en la esperanza.... Hoy esa palabra es un nombre vano para mí....

F—No digas disparates.... La esperanza es lo último de que debemos despojarnos. Yo he sido un hombre desgraciadísimo en amores.... Mas de una vez me he horripilado al conocer que el ídolo de mis afecciones era de vil barro.... Pero nunca he cedido.... Al amor, como á todas las

cosas, es necesario buscarle la vuelta. . . . Si tú logras que María se lance al mundo, á las *soirees*, á los bailes, á los conciertos, verás como al hacerse hija mimada de la moda, recobra las fuerzas perdidas, y con ellas la salud que se obtiene en los banquetes y bailando como un trompo el vals de Straus. . . .

A —Ojalá tu plan de curacion fuera una verdad! Entónces esa botica de bailes, modas y festines, tendria en mi su mejor parroquiano. Por comprar una sola de esas medicinas, siempre que ellas tuvieran el poder de restablecer á Maria, daria muchos años de mi vida. . . .

F—Sin hacer ese sacrificio. . . . no poniendo de tu parte sinó la voluntad y llevando el convencimiento á la cabeza de nuestra amiga, yo, médico de recetas agradables, obtendria un triunfo mil veces preferible á los de Hipócrates. . . .

A (*interrumpiéndole*)—perdona si te interrumpo. . . . Cuando llegaste, Irene iba á marcharse. . . . Te suplico vengas á continuar tu conversacion á mi cuarto, en el cual me esperarás un momento. . . .

F—De mil amores. . . . En cualquier parte donde tú estés, está para mi la amistad. . . . (*levantándose*) vámos. . . . (*Alberto indica la puerta á Irene, y marcha tras ella. Floro los sigue; la escena permanece sola un momento, hasta que sale María por la izquierda*)

Escena III.

ALBERTO—MARIA (*Muy pálida*)

M.—Creí haber oido ruido en esta habitacion, y aún escuchado voces. . . .

A (*entrando*)—En efecto, éramos Irene y yo.

M—¿Porqué se ha marchado Irene?

A—Creíamos que estabas descansando. . . . Pero como aún no debe haber subido al carruaje, la haremos llamar. Antonio! (*llamando*)

A (*desde adentro*)—Señor!

A—Llama á Irene que acaba de salir; córre y díle que Maria la espera

A—Voy, señor (*desde adentro*).

A (*á Maria*)—¿Has almorzado con apetito?

M—Sí. . . .

A—Ya oíste la recomendacion que te hizo anoche el Dr.

Escena IV.

IRENE—MARIA—ALBERTO.

I (*entra corriendo y abraza á Maria*)—Querida Marial. . . . Cuánto placer experimento al verte tan aliviada. . . .!

M—Lo creo, amiga mia! Lo único que lamento es que te equivoques. . . . Siéntate. . . . (*se sientan*)

I—Pérdoname que te diga que eres una niña mimada, que te has acostumbrado á llorar sin razon. . . .

M—¿Entónces crees que padezco de dolores inajinarios?

I—Casi lo creo, porque tu fisonomia no está en relacion con lo que dices que sufres. . . .

M—Las rosas de mis mejillas brillan en mi rostro, como el fuego fátuo sobre los cadáveres. . . .

I—En tus ojos se está leyendo que tu alma ha perdido gran parte de la tristeza que la enlutaba hace dos meses. . . .

M—Mira, Irene, cuando el viento de la muerte pasa por el corazon, frio, helado, sus fibras no dejan de vibrar un solo instante, produciendo sonidos melancólicos, como las cuerdas de un piano

estremecidas por el rodado de un coche de muertos que pasa por la calle. . . .

A (*que ha estado haciéndose el distraído*)—Me marchó con el permiso de usted Irene. . . . Soy enemigo de estas oraciones fúnebres sobre muertos imaginarios! (Váse).

Escena V.

MARIA—IRENE.

I—Tiene razon Alberto en incomodarse. . . . tú no háblas sino de cosas tristes. . . . Vámos! déjate de tonterias, y cuéntame cómo has pasado estos dos meses. . . .

M—*La flor de de las tumbas* no puede dejar de ser triste. . . . Sus hojas sacudidas por el viento de los sepulcros, no pueden tener colores de alegría. . . . ¿Quiéres saber como he pasado estos dos meses?—pues yo te lo diré en dos palabras: tan triste y fastidiada, que no he cesado de suplicarle á Alberto que me trajera á la ciudad. Felizmente lo he conseguido. ¡Es tan melancólico el cielo de los campos, que me parece que no puede producir ningun bien á los enfermos! ¡Son tan largas en él esas noches en que no se duerme, y en que se escuchan los ladridos de los perros, los gritos de los animales que nacen desamparados, y el silbido del viento que produce entre las copas de los árboles, una fúnebre melodía! No traigo mas recuerdos gratos de mi viaje, que la amistad que me han dispensado los buenos campesinos, y una pobre planta que puedes ver en la ventana de mi cuarto. . . .

I—Una planta?

M—Sí, es una planta de siempreviva que trasplanté del cementerio del pueblecito vecino á *San Rafael*. . . . Pertenece al sepulcro de un jóven

que murió el año pasado y al cual iba á rezar su nóvia todas las tardes. . . . En el último mes que vemos estado en aquellos lugares, ya se habian borrado la huellas que dejaban sus plantas en el piso del cementerio, pues la yerba habia crecido sobre ellas. . . Espero que esa planta que moria como el recuerdo de su dueño, será mas feliz á la sombra de mi sepulcro. . . .

I (*como quien quiere cambiar de conversacion*)—¿Sabes Maria que eres una picarona? . . . ¿Porqué no me has preguntado por Luis? . . .

M—El recuerdo de Luis es para mi, como los perfumes de las flores que él me regalaba en los primeros dias de nuestros amores, y que aun conservo: un aroma que se disipa! Algunas veces suele levantarse en mi alma cual la llama de una hoguera que consume todas mis tristes ideas; pero ese amor que se presenta grande, inmenso, lleno de vida, me recuerda á esas últimas notas de las arias de *Lucia*, en que el músico hace apurar al cantor toda su espresion, momentos ántes de concluir!

I—Hoy tengo que anunciarte de su parte una visita. Dentro de breves momentos debe estar en esta casa. . . .

M (*con espresion de tristeza*)—Me alegro, Irene, porque asi utilizaré el tiempo de este dia, despidiéndome de él. . . . Todo me dice que debo aprovechar mis últimas horas. . . . Hasta el sueño que huye de mis párpados, no quiere tener el egoismo de quitarme los instantes en que debia ser suya!

I—No turbes el corazon de Luis con tan amargas palabras!

M—¿Porqué engañarlo? ¿Porqué decirle *seré tuya!* cuando ya no pertenezco sino á la muerte!

Escena VI.

MARIA—IRENE—ANTONIO.

A (*desde la puerta*)—El señor D. Luis pide permiso. . . .

M—Dile que pase adelante.

I (*poniéndose de pié y tendiendo los brazos á María*)—Hasta luego, querida Maria. Si me es posible, esta noche he de venir á acompañarte un momento.

M—Adios Irene, te espero esta noche.

Escena VII.

LUIS—MARIA.

L (*entrando precipitadamente, y tomando las manos de María*)—María!

M—Luis! . . . (*momento de pausa*)

L—Perdóneme usted si mislabios tiemblan como los de un niño sorprendido. . . . su vista de usted Maria. . . . esa imájen de todos los ensueños de mi corazón. . . . la presencia del objeto primero de mi amor único y eterno. . . .

M (*con tristeza*)—Maria no recibe hoy sino á un amigo, porque ella no tiene otro lecho nupcial que el ataúd. . . .

L (*con tono de reconvencion*)—¿Es posible, Maria, que después de una ausencia que para mi ha sido de dos siglos, en que he contado las horas una á una, por los minutos que ellas tienen; en que mi alma desolada se ha impuesto el sacrificio de respetar sus caprichos de usted; en que mis cabellos han comenzado á volverse blancos, á fuerza de ver mis ojos marchitarse todas las flores de mi vida; es posible que cuando esos ojos fatigados de tanto

mirar la oscuridad, se encuentran con la luz, la luz se apague para ellos?

M (*con entereza*)—Sí, amigo! Este cuerpo que galvanizó el amor de usted, va á convertirse en polvo. . . .

L—Por piedad, Maria, deseche usted esas visiones enojosas, y premie con su mano el amor inmenso que le profesa mi corazón. . . .

M—¡Imposible! Al pié del altar se horrorizaria usted al estrechar una mano helada por la muerte, que circula en mis venas. . . . Oh! como rechaza el calor de la vida, ese frio glacial! Nunca, Luis, consentiria en que usted encontrára en mi, en vez del corazón palpitante de amor, un cuerpo agonizante, helado. . . .

L—Maria, por piedad!

M—Esta es mi última voluntad, Luis; usted ha sido para mi, una esperanza fugitiva; una nube que ha brillantado un sueño; un rayo de luz en una noche de tormenta! Sea en mi muerte un amigo que vaya de tiempo en tiempo á rezar sobre la tumba de esta pobre mujer!

L—Usted cree que puedan vivir sin aire mis pulmones? ¿Usted cree que aquel que soñó con las delicias de un amor inocente, con una familia que levára su nombre y el de usted, entrelazado como nuestros corazones; que aquel que pobre, se habria quitado el pan de la boca para alimentarla, y rico la habria servido de rodillas; que aquel que con usted habria vivido bajo el toldo de las tribus errantes mas feliz que bajo el techo suntuoso de los palacios; usted cree que ese hombre, puede transformarse en un condenado despues de haber visto el cielo? Si usted me ama ¿porqué pronuncia esas palabras? . ¿Si usted cree que yo la idolatro, porqué me pide que tenga valor para visitar su tumba?

M—La religion de las tumbas, consuela al alma atribulada, Luis! ¿Ha olvidado usted á Chactas? . . . ¿No recuerda usted su historia escrita con llanto á la luz de algunos ojos tristes? . . . Pues bien, Chactas el salvaje, lloraba sobre la sepultura de Atála, su amor mas grande y sombrío que los bosques del nuevo mundo que tenia por teatro. Pablo visitaba tambien en el cementerio de las Pamplenas, la humilde sepultura de su Virginia! . . .

L—Tiene vd. razon; pero olvida que Cháctas no pudiendo entregar su vida sobre aquella tumba querida, huyó de ella desesperado; y que Pablo mas feliz que aquel, dejaba encada visita al cementerio, una parte de su corazon sobre la piedra que cubria los restos de Virginia. . . .

M—Sí, amigo, prométame vd. visitarme en la ciudad de los muertos. . . .! Me causa tristeza el pensar que los pájaros del cielo, aniden con mis cabellos, sobre las cornizas de mi sepulcro abandonado. . . .

I—Si tal sucediera, María, ó como Pablo moriria de dolor, ó como el indio saldría de la patria, no llevando de ella, ni el polvo de sus calles. . . Pero por piedad, María, manifiésteme vd. la causa de ese triste vaticinio. . . .

M—Luis, amigo querido, no me exija vd. una palabra mas! Un adios es siempre triste! Por eso los que se quieren bien, tratan de acortar las despedidas! . . .

L—(*Tomando su sombrero y estrechando las manos de María*) Tiene vd. razon. . . . asi me lo dijo un dia mi madre al espirar. . . . Adios María! . . . Qué Dios le pague á vd. con infinitos bienes, el acíbar que hoy derrama sobre mi vida! . . . Aquí en la tierra y allá en el cielo, vd. tendrá el alma de un mártir que la amaré siempre, siempre, siem-

pre! (*Deja con lentitud las manos de María: va á partir, pero volviendo su semblante conmovido hácia ella, se detiene.*)

María—(*llorando, y caminando hácia él.*) Adios, Luis! Sea usted feliz! Y cuando en sus horas de amargura y desfallecimiento, necesite de un pecho amigo en que reclinar su cabeza, busque usted el de mi madre! Su amor de usted, como esas estrellas que se levantan cada noche en el horizonte, brillará para mí alma en la eternidad, con inalterable luz! Mi sombra le seguirá por todas partes. . . . Sí da usted su mano á otra mujer, ella no turbará la paz de su hogar, sino con el recuerdo del mas inocente de sus amores. . . . Y cuando sus hijos de usted se refujian al rezar por la noche en el pecho de su madre, atemorizados por una sombra que hayan visto cruzar, nada tema usted. . . ! Será la mia que habrá pasado por la puerta de su casa, para besar la huella de su planta! Adios! Luis! adios! le suplico á usted que no vuelva verme! Comprendo que mis palabras desgarran su corazon! Adios! (*hace un movimiento como para correr hácia la izquierda, y cae desmayada; en el mismo instante Doña Mercedes y Alberto se presentan en la puerta del foro y se lanzan sobre el grupo que forman María y Luis; la primera en traje de calle.*)

Escena VIII.

ANTONIO—MARTA—DA. MERCEDES—ALBERTO

LUIS—MARÍA.

ALBERTO—Qué es esto! Socorro! Antonio! corre á lo del Dr!

DA. M—Hija del alma! Se muere la hija de mis entrañas! Auxilio! Marta! (*besa el rostro de María*)

A—(*con precipitacion*) Qué ha pasado, Luis?

L—(*en el mismo tono*) Que me ha dicho que renunciara á su amor y que partiera, porque su lecho nupcial era el ataúd! . . . y . . .

DA. M—María! vuelve en tí! Vírjen Santísima!

A—Hermana mia! (*Á Antonio y Marta que entran*) Corran ustedes á casa del Dr, y díganle que venga á toda prisa, porque María se nos muere. Nó, no vayas Antonio, córre tú, Luis! (*Luis parte*) Marta! un vaso de agua! (*Confusion en los movimientos de los circunstantes.*)

DA. M—(*cayendo de rodillas*) Volvedla Señor, á la vida, y llevaos en cambio á esta pobre vieja; ó si está escrito que ha de morir María, permitid que yo muera con ella!

Acto tercero.

El teatro representa una alcoba con puerta al fondo. A la izquierda del actor una cama, en que está María acostada y vestida con traje blanco. Arde una lamparilla colocada sobre una mesa delante de un reloj. A la izquierda estará entreabierta una ventana, por la cual penetra la luz del alba. Al lado de la cama, y suspendido de la pared, un crucifijo.

Escena I.

(Al correrse el telon debe aparecer Irene dormida junto á la cama de María, que tambien duerme. Antonio y Marta en primer término, conversando con Doña Mercedes. En su actitud demuestran los primeros, que tratan de sacar á la última de la escena.)

DOÑA MERCEDES—ANTONIO—MARTA

A—(rogando) Descanse usted un momento, señora . . .

Doña M—Imposible Antonio! Una madre no puede entregarse al reposo estando su hija al borde del sepulcro . . .

M—Pero al menos, recuéstese usted, señora . . . Usted ha pasado la noche en vela, y no es cosa que todos se enfermen en esta casa . . .

Doña M—Es que la pobrecita Irene se ha dor-

mido. . . . Hace ocho días que no se separa de la cama de la hija de mi alma. . . .

A—Pero aquí estamos nosotros. . . .

Doña M—Tú también has velado, Antonio.

A—Eso no es nada para mí. . . . Yo he estado acostumbrado á no dormir noches y noches, cuando servía al Coronel, que esté en gloria. . . .

M—(acercándose á la enferma) Duerme tranquila. . . .

Doña M—No se ha despertado sino dos veces en dos horas. . . . Pocos momentos hace, la recordaron los gritos de unas aves que pasaban: se incorporó en la cama y nos dijo: como esos pobres pájaros, he sido yo aquí un ave de paso, y como ellos me alejo buscando el agua y el sol de otros mundos! (llorando) Tan resignada la hija de mi corazón. . . .! Parece un viejo cansado de la vida, que ve en la muerte un alivio para sus penas. . . .

A—Por eso, señora, como dijo el señor cura al retirarse despues de *darle á nuestro amo*: Dios que oye el sonido de las hojas que caen entre la yerba de los montes, ha de escuchar también el llanto resignado de Doña María.

M—No mortifiques, Antonio, á la señora, con esas reflexiones sobre cosas que tal vez no tendrán lugar. . . . Señora Doña Mercedes! (tomándola del brazo) venga usted conmigo, y acuéstese un momento sobre el sofá de su alcoba.

Doña M—Voy á complacerte, Marta. Antonio! si hay alguna novedad, ó en cuanto se despierte María, corre á llamarme. Cuando den las seis despierta á Irene, para que le de esas cucharadas que recetó el Doctor. . . .

A—Así lo haré, señora. . . . (Doña Mercedes y Marta se van por la puerta del foro.)

Escena II.

ANTONIO—despues—MARTA.

A—Esto se concluye.... Doña María está ya en las cinco esquinas de la Recoleta.... La agitación que ha tenido durante la noche, es una mala señal.... No hacia sinó tomar la ropa á puñados, como quien arregla el lio de sus vestidos, para irse á otro mundo! y luego el capricho que tuvo... ella que no conocia el capricho! de levantarse y volverse á acostar vestida.. Pobre señora! y pobre Don Alberto!.... (*con voz conmovida*) y pobres de nosotros, viejos, que mirábamos en ella al ángel Rafael, que guiaba al ciego Tobías....! El nóvio....! lo que es el nóvio se ha de consolar, porque es jóven y ha de encontrar otra mujer á quien querer....!

M—(*entrando*) Qué estas diciendo Antonio?... ¿porque ha de olvidar Don Luis á la señorita?.... Ahí lo dejo al pobre en el cuarto de Don Alberto, del cual no se separa desde el otro dia.... Cómo el Doctor ha dicho, que quizá.... quizá.... se nos vaya hoy Doña María, él está empeñado en entrar á verla....

A—Permitir eso seria un disparate!.... Venir á turbar la tranquilidad de una moribunda!....

M—A Doña María, no la turba nadie ni nada... es una niña relijiosa, y como buena cristiana que ha aprovechado la leche que le dió á mamar Doña Mercedes, mas resignada que un mártir....

¿Sabes que me he reconciliado con ese Don Flo-ro?... El pobre tambien ha pasado la noche con Don Luis y Don Alberto!.... El único que permanece insensible á esta desgracia es Enrique.... Buena falta va á hacerle la niña....! Como que está tan mimada....!

A—Si es un niño ¡mujer! ¿cómo quieres que sea capáz de sentir lo que uno de nosotros? Pobrecito! . . . lo que es por mi parte (*conmovido*) lo he de querer como á las niñas de mis ojos! . . .

M—Y yo tambien! Díme Antonio, ¿le cortaste el pelo á la señorita?

A—Si Marta . . . aquí le tengo . . . (*saca un papel que besa y pasa á Marta, que hace otro tanto*) En cuanto pude, le dije á Doña Irene lo que tú querias, y ella misma se lo cortó. Parece que la enferma hubiera oído entonces mis sollozos, pues abrió los ojos . . .

M—(*besando el cabello y con acento aflijido*) Es una reliquia de una santa que morirá mártir . . . ! Yo la enseñaré á todos como una prenda de mas valor para mí, que el pan de cada dia . . . !

Escena III.

María—(*soñando*)—ANTONIO—MARTA

IRENE

M—Ay! . . .

M—(*con solitud y guardando el papel*) Se ha despertado . . . ?

A—No! ¿no ves su espresion de ángel dormido? . . .

M—No, no recen ustedes por mí . . . ! Madre mia! me voy al cielo . . . María, la santa Vírjen, me tiende sus brazos y sale á recibirme . . . ! Antonio! Marta! . . .

A—(*con profundo dolor*) Hija de mi corazon! Aun se acuerda de mi . . .

M—Es un consuelo que Dios nos manda, oír que nos nombre María desde las puertas del cielo . . . !

M—(*con voz entre-cortada*) Antonio! Marta! cuiden mucho á Enrique . . . No le vayas á pegar

Antonio, cuando te falte al respeto! corríjelo por medio del cariño y del consejo.... Mira que es un pobre huérfano!.... Madre mia! ame usted mucho á Irene.... será para usted la mejor de las hijas, y para mi querido Alberto, la mas buena de las esposas.... Y tú, Luis, Luis, cónsuelate....! ¿Mira como tenia razon para no alimentar la llama de tu amor?.... ¿No ves junto á mí, al ángel de mi guarda? Viene á apagar el fuego de mi vida.... Dentro de un instante seré ceniza, que el viento de la muerte se llevará en sus alas....

A—Qué delirio tan triste!....

M—¿Quieres que la despierte?

A—No.... mejor será decírselo á Doña Irene?..
(*la despierta*)

I—(*sobresaltada*) Qué pasa?.... Qué pasa?...
¿Se ha empeorado María?....

A—No señorita.... es que está soñando y creí que seria mejor despertarla, pero no me he atrevido.... Si usted....

I—No, déjala descansar.... ¿Y la señora?

M—Hemos conseguido que vaya á su cuarto á reposar un momento: se ha acostado vestida en el sofá!.... ¡Dios quiera que no le cuesten la vida estas malas noches!....

A—Lé prevengo á usted Doña Irene, que Don Luis quiere entrar á ver á la señorita?....

I—Qué dices....?

A—Lo que usted oye.... Dice que quiere verla por la última vez.... Y creo que ahí viene, porque oigo pasos en la otra sala....

Escena IV.

ALBERTO—LUIS—IRENE—MARIA—MARTA—

ANTONIO

A—(*pálido y con señales de un profundo dolor, entra caminando en puntillas, y dice*)—Espera. . . . voy á ver si está dormida. . . . (*se acerca á la cama de Maria y estrecha la mano de Irene, que arregla la ropa de su amiga; despues de cerciorarse de que reposa, hace señas á Luis que va á acercarse, y se detiene á cierta distancia al oír la voz de Maria. Irene, Alberto, Marta y Antonio, rodean el lecho, al cual se acerca Luis despues de las primeras palabras de la enferma: se cubre el rostro con las manos: los sollozos de los circunstantes deben acompañar las palabras de Maria*).

M (*con voz pausada*)—Magnífico lugar. . . .! Qué hermosas flores!Cómo brillantan el aire las mariposas con el polvo de oro de sus alas. . . .! Aquí estamos, yo, Irene, todas mis amigas. . . .! Y todas estas flores van á ser cortadas. . . .! A mi no me toqueis, curiosos que pasais respirando la brisa de este huerto delicioso! Yo he nacido para marchitarme sobre el pecho de un hombre, para el cual mi seno exala perfumes y mis colores brillan. . . .El cielo se oscurece. . . .va á soplar una ráfaga de viento! (*se incorpora*) ¡Y yo tan débil! ¡cómo podré resistirla. . . .? Mis ojos buscan á Luis en la oscuridad. . . . Allí le veo. . . .Oh! como cuando se mira al sol que se oculta, suele verse entre él y los ojos, su imájen reproducida en cien y cien sombras, yo veo á Luis por todas partes! Ya desapareció!Ay! Señor, amparáme!Yo no quiero marchitarme en este mundo. . . .Sí, sí, Dios escucha mi plegaria. . . .! un ángel descendiendo sobre las nubes de la aurora que se habian enlutado. . . .

se acerca á mí. . . . sus dedos me toman. . . mi perfume crece. . . . el ánjel se eleva. . . . Ay! Señor, gracias, gracias! ya estoy en las puertas del cielo! (al decir estas palabras abre lo ojos; Luis va á precipitarse en sus brazos; pero ants que tenga tiempo de hacerlo, Alberto, Antonio y Marta lo rodean, y lo sacan de la alcoba. María se dirige á Irene que le arregla las almohadas).

Escena V.

MARIA—IRENE—ANTONIO—MARTA (que se vuelve de la puerta)

M (con voz desfallecida)—¿Qué hora es, Irene?

I—Las seis deben haber dado. . . . no he oido el sonido de la campana del reloj de Alberto. . . .

M—Marta! (llamando)

M—Señorita. . . .

M—Cumpliste mi encargo?

M—A las seis debia comenzar. . . . (se oye un toque lejano de campanas). . . . Ahí está. . . . ¿no oye usted la campana?

M—No, Marta; mis oidos no escuchan sino un zumbido triste como el de los árboles en una noche de julio. . . . Irene, ¿oyes sonidos de campanas?

I—Sí, María. . . .

M—Anuncian una Misa que va á celebrarse por el bien de mi alma. . . . Quizá cuando ella haya terminado, yo habré dejado de existir! . . .

I—María! (enjugando una lágrima)

M—Sí, Irene. . . . no llores. . . . ya diviso las cúpulas de la ciudad de los muertos. . . . Abre mas esa ventana, para que entre la luz. . . . (Marta abre la ventana)

M—Qué deliciosa debe estar la mañana?... El aire está fresco é impregnado de los perfumes del verano!... Cómo contrasta la vida de la naturaleza, con la mia que se estingue!... Hermoso está el sol... (*mirando al crucifijo*) *Es el sol de la justicia...! mira, mira, como besa los piés del crucificado...!*

A (*llorando*)—Señorita... niña... no nos quite usted la vida con esas palabras... .

M—Ah! estabas ahí Antonio?... . Apenas te distingo... . Dónde está mi madre... .?

I—La hemos llevado á descansar un momento . .

M—Pobrecita... .! Quizá no la veré mas, porque siento nublados mis ojos... . El lugar que en mi corazon ocupaba la sangre y la vida, lo llena en este instante su recuerdo... .! Mi hora se acerca, Jesus mio!... . Apenas te distingo, Irene... . pero te veo llorar... .! Seca esas lágrimas... . ¿no ves como la luz rodea mi cuerpo moribundo... .? quede el llanto para aquellos sobre cuyo cadáver se levantan sombras en vez de claridades... .

M (*con precipitacion á Irene*)—Llámo á la señora y á D. Alberto?... .

I (*sosteniendo la cabeza de Maria que cae sobre la almohada*)—Sí, Marta, corre... . porque creo que va á espirar... .

M (*levantándose con lentitud*)—Espera... . espera un momento... . Marta!... . Antonio!... . Irene... . os recomiendo el cuidado de mi pobre madre... . á Alberto, á Enrique... . Y ustedes fieles amigos (*á Antonio y Marta que besan sus manos*) perdónenme las molestias que les haya ocasionado... . Siento frio en el corazon... . calor en los labios... . y el cuerpo... . oh! ya no le siento... . ya no le tengo... .

I (*llamando*)—Alberto! Alberto!

A (*levantándose precipitadamente*)—Señora! Señora! la niña se muere. . . .

M (*haciendo un esfuerzo supremo*)—Oh! no la llameis. . . . La Virgen que vió morir á su hijo en la cruz, me dice que las madres no deben contemplar á sus hijos en el momento en que rueda por sus mejillas la última lágrima, al entregar su espíritu á Dios. . . .

Marta, Irene y Antonio (*desentendiéndose*)—Alberto! Señora! Da. Mercedes!

Escena VI.

LOS MISMOS—ALBERTO—DA. MERCEDES *entrando precipitadamente, y corriendo hácia la cama de de Maria, que rodea con ansiedad el resto de los personajes.*

DA. M—Maria! (*con ansiedad al entrar.*

M—Se nos muere, señora, se nos muere!

DA. M—Hija de mi alma!

A—Hermana!

I—Está en el cielo! (*Da. Mercedes se precipita sobre Maria y la cubre de besos—Los demas circunstantes la imítan*).

FIN.

